



de musical y armónica clave;  
 no quiero, tras el océano,  
 el camposanto sepultado por la nieve  
 pero quiero ver los prados  
     de verde seducción,  
 los prados donde reina  
     el toro  
     (tierno y soberbio)  
 que buscó Torres Heredia  
 con su vara de mimbre;  
 y volver, romero,  
 hasta la peña  
 donde levantó casa el abuelo  
 y cavó un pozo profundo,  
 y dejar la rama verdecida  
 donde yacen los cantores  
     de mi sueño,  
 aquellos que en la casa  
     de mis padres  
 dictan versos a mi oído  
 mientras mamá cuenta  
 el escaso grano del día,  
 fruto del renovado trueque,  
 del inevitable mercar  
 con el renaciente burgo.  
 De moneda honrada  
     pero inútil  
     soy jornalero.  
 Mas llevamos con orgullo  
 la humildad de nuestro hogar.  
 La corte,  
 sus escribas y doctores,  
 qué son sino verdor de renuevo,  
 qué son sino razones para glosar:  
     ¿Qué fue de tanto galán?

¿Qué fue de tanto esplendor?  
 Sin cortejo ni Mecenas  
 busqué el signo de mi vida,  
 en la biblia de mi padre,  
 en la humildad de mi patio umbrío.  
 En el infinito silencio del papel,  
 en sus ojos de ciudad amurallada,  
     sus ojos de animal indócil.  
 La palabra, la ciudad  
 y el poema como un río  
     (quizás demasiado largo)  
 son un signo, tal vez,  
 un signo de intermitente luz  
     Sin saberlo haré  
     palabras de despedida.  
     (A mi cuerpo conformado en el tiempo,  
     a la necia palabra del adiós  
     opongo  
     lo único que realmente poseemos).  
 No es lejos el atardecer  
 pero  
     Tú  
         estás conmigo.